

THRITY UMRIGAR

El cielo de
BOMBAY



Grijalbo

Annotation

Una historia de valor universal, suma de historias individuales, en un relato evocador y sensible sobre las profundas diferencias de clase en la india contemporánea.

Sera Dubash es una viuda de clase media acomodada; Bhima es su sirvienta, una mujer analfabeta y sencilla que cada noche regresa a su hogar, en los suburbios marginales de Bombay, donde vive con su nieta Maya.

A través de los años las dos mujeres han aprendido a conocerse y apoyarse, guardando las distancias impuestas por las castas distintas a las que pertenecen, pero aproximándose en caso de necesidad: han sido muchas las veces que Bhima ha curado a su ama tras haber sido maltratada por su marido; muchas las veces que ella misma ha tenido que soportar a su hombre borracho.

La complicidad y los secretos las unen tanto como las viejas tradiciones, todavía arraigadas en el Bombay de hoy, las separan. Son las suyas dos vidas que corren paralelas en mundos distintos pero cuyos destinos van a colisionar cuando se desate el drama.

Maya, la nieta que Bhima ha criado con gran esfuerzo y a la que ha podido dar con gran sacrificio una educación, está embarazada; pero ¿quién es el padre? A raíz de esta cuestión, un acontecimiento imprevisto va a poner a prueba la lealtad y el respeto de ama y sirvienta hasta cambiar la relación entre ambas mujeres.

THRITY UMRIGAR

El cielo de bombay

Traducción de Matuca Fernández de Villavicencio

Random House Mondadori, S. L.

Sinopsis

Una historia de valor universal, suma de historias individuales, en un relato evocador y sensible sobre las profundas diferencias de clase en la india contemporánea.

Sera Dubash es una viuda de clase media acomodada; Bhima es su sirvienta, una mujer analfabeta y sencilla que cada noche regresa a su hogar, en los suburbios marginales de Bombay, donde vive con su nieta Maya.

A través de los años las dos mujeres han aprendido a conocerse y apoyarse, guardando las distancias impuestas por las castas distintas a las que pertenecen, pero aproximándose en caso de necesidad: han sido muchas las veces que Bhima ha curado a su ama tras haber sido maltratada por su marido; muchas las veces que ella misma ha tenido que soportar a su hombre borracho.

La complicidad y los secretos las unen tanto como las viejas tradiciones, todavía arraigadas en el Bombay de hoy, las separan. Son las suyas dos vidas que corren paralelas en mundos distintos pero cuyos destinos van a colisionar cuando se desate el drama.

Maya, la nieta que Bhima ha criado con gran esfuerzo y a la que ha podido dar con gran sacrificio una educación, está embarazada; pero ¿quién es el padre? A raíz de esta cuestión, un acontecimiento imprevisto va a poner a prueba la lealtad y el respeto de ama y sirvienta hasta cambiar la relación entre ambas mujeres.

Título Original: *The Space Between Us*
Traductor: Fernández de Villavicencio, Matuca
©2005, Umrigar, Thrity
©2006, Random House Mondadori, S. L.
ISBN: 9788425340352
Generado con: QualityEbook v0.87

Thrity Umrigar

El cielo de bombay

TÍTULO original: The Space Between Us

Primera edición: junio, 2006

© 2005, Thrity Umrigar..

© 2006, Grupo Editorial Random House Mondadori, S.

L.

ISBN-13: 978-84-253-4035-2

*Para la Bhitna real
y los millones de seres como ella*

Prólogo

LA DELGADA mujer del sari verde se detuvo sobre las rocas resbaladizas y miró las oscuras aguas que la rodeaban. El viento cálido aflojaba hebras de su pelo ralo y las liberaba del moño. A su espalda, los ruidos de la ciudad sonaban débiles, sofocados por el chapoteo incesante del agua en torno a sus pies desnudos. Con excepción de los cangrejos, que se escabullían entre las rocas, estaba sola, sola con el murmullo del mar y la lejana luna, fina como una sonrisa en el cielo nocturno. También sus manos estaban vacías, ahora que las había abierto para liberar su cargamento de helio; observó hasta que el último globo hubo desaparecido en la oscura noche de Bombay. Sus manos estaban ahora vacías, tan vacías como su corazón, que sentía como una cáscara de coco con la pulpa arrancada.

Haciendo equilibrios sobre las rocas, mientras notaba los lame tones del mar en los pies, la mujer elevó el rostro hacia el negro cielo en busca de una respuesta. Detrás tenía la ciudad y una vida que, en ese momento, le parecía ficticia, irreal. Delante, apenas visible, la línea donde el mar se encontraba con el cielo. Podía retroceder, trepar el muro de cemento y regresar al mundo, ser nuevamente partícipe del pulso demente, vibrante y errático de la ciudad. O podía introducirse en el mar, dejarse seducir por él, dejarse abrumar por sus íntimos susurros.

Dirigió nuevamente la mirada al cielo en busca de una respuesta, pero solo pudo oír los latidos de su diligente corazón...

LIBRO PRIMERO

1

AUNQUE está amaneciendo, en el corazón de Bhima es de noche.

Rodando hacia la izquierda sobre el delgado colchón de algodón tendido en el suelo, se sienta bruscamente, como hace todas las mañanas. Alza una mano huesuda por encima de su cabeza para desperezarse y un olor rancio, penetrante, escapa de su axila y agrade sus fosas nasales. Durante un instante permanece ociosa sobre el borde del colchón, con las plantas de sus encallecidos pies sobre el suelo de adobe, las rodillas flexionadas, la cabeza sobre los brazos cruzados. En ese momento está casi en paz, la mente maravillosamente en blanco, ajena a las tribulaciones que la esperan ese día y al siguiente y al otro... A fin de prolongar ese momento de paz, alarga un brazo hacia la lata de tabaco de mascar que guarda junto al colchón. Se introduce un taco en la boca, que sobresale de su rostro descarnado como una pelota de críquet.

La dicha de Bhima dura poco. En la tenue luz de ese nuevo día distingue la silueta de Maya, que se agita sobre su colchón, pegado a la pared izquierda de la chabola. La muchacha murmura en sueños, emite suaves gemidos, y Bhima advierte, muy a su pesar, que su corazón se ablanda, como cuando daba el pecho a Pooja, la madre de Maya, tantos años atrás. Impulsada por los pucheros, Bhima se levanta con un gruñido y se acerca al colchón donde duerme su nieta. Pero durante el segundo que tarda en atravesar la pequeña chabola algo cambia en su corazón: el sentimiento maternal de hace un momento es sustituido por esa rabia intensa, despiadada, que habita en su interior desde hace unas semanas. Se detiene frente a la muchacha, que ahora ronca plácidamente, ajena a la ira que abrasa los ojos

de su abuela mientras mira su barriga ligeramente hinchada.

Una patada rápida, se dice Bhima, una patada rápida en la barriga, y luego otra, y otra, y todo habrá terminado. Fíjate en ella, durmiendo ahí, a pierna suelta, como una zorra desvergonzada, como si todo le trajera sin cuidado. Como si no me hubiera destrozado la vida. El pie derecho de Bhima tiembla, los músculos de la pantorrilla se tensan cuando lo levanta unos centímetros del suelo. Sería tan fácil... Y comparado con lo que otra abuela podría hacerle a Maya —un rápido empujón en un pozo abierto, una lata de queroseno y una cerilla, venderla a un burdel—, lo suyo sería mucho más humano. De ese modo Maya sobreviviría, seguiría yendo a la universidad y elegiría una vida diferente de la que Bhima había conocido. Así tenía que ser, así había sido hasta que esta estúpida muchacha, de gran corazón y ahora con una gran barriga, se quedó embarazada.

Maya deja escapar un sonoro ronquido y el pie de Bhima regresa al suelo. Se agacha para zarandear a la muchacha y despertarla. Cuando Maya iba a la universidad, Bhima la dejaba dormir hasta el último minuto, le preparaba *gaajar halwa* cada domingo y por las noches le daba la ración de comida mayor. Si Serabai regalaba una chuchería a Bhima —una chocolatina Cadbury, o ese dulce blanco con pistachos hecho en Irán—, se la guardaba para dársela luego a Maya, aunque en realidad Serabai siempre le daba otra para la muchacha. Pero desde que Bhima está al corriente de la vergüenza de su nieta, la despierta temprano. Y hace varios domingos que no prepara *gaajar halwa* y que Maya no pide su postre favorito. A principios de esta semana, Bhima hasta ordenó a la muchacha que hiciera cola en el grifo comunitario para llenar de agua los dos jarros. Maya protestó, frotándose inconscientemente la barriga, pero Bhima desvió la mirada y replicó que la gente del *basti* no tardaría en enterarse de su deshonra, así que era inútil seguir escondiéndola.

Maya rueda sobre su espalda en sueños, de modo que ahora tiene la cara a unos centímetros de Bhima. Su mano, joven y regordeta, encuentra la mano arrugada de Bhima y se la coloca entre la barbilla y el pecho. Un hilo de baba aterrizada en la mano prisionera. La mujer nota que su corazón se conmueve. Maya siempre ha sido así, dependiente, cariñosa, confiada. Pese a todo el sufrimiento que ha conocido en su corta vida, no ha perdido su ternura e inocencia. Con la mano libre, Bhima le acaricia el exuberante y sedoso cabello, tan diferente de su pelo ralo.

El débil sonido de una radio invade la habitación y Bhima blasfema entre dientes. Normalmente, cuando Jai-prakash enciende la radio ella ya se encuentra en la cola del agua. Eso significa que hoy llegará tarde. Serabai se pondrá furiosa. La culpa de su retraso la tiene esta muchacha vaga y estúpida. Bhima retira bruscamente la mano, sin preocuparse de que ese gesto pueda despertarla. A pesar de todo, Maya sigue durmiendo. Bhima se levanta bruscamente y, al hacerlo, su cadera izquierda emite un chasquido seco. Se queda quieta unos instantes, aguardando la oleada de dolor que sigue al chasquido, pero hoy tiene suerte. Hoy no hay dolor.

Bhima recoge los dos jarros de cobre y abre la puerta de la chabola. Se agacha para poder salir y enseguida cierra tras de sí. No quiere que los lascivos jóvenes del barrio espíen a su nieta cuando pasan por delante de su chabola. Es muy probable que uno de ellos sea el padre del bebé... Sacude la cabeza para ahuyentar los oscuros pensamientos que la asaltan.

El vientre de Bhima gruñe y ella chasquea la lengua. Ahora tendrá que pasar por el lavabo comunitario antes de ir al grifo, y entonces la cola será aún más larga. Por lo general consigue controlar el vientre hasta que llega a casa de Serabai, donde hay retretes de verdad. No obstante, es bastante temprano y el estado del lavabo comunitario todavía será aceptable. Dentro de unas horas apenas habrá

espacio para caminar entre los ordenados mojones que los residentes de las chabolas dejan en el suelo de tierra. Después de tantos años, las moscas y el hedor todavía le revuelven el estómago. Los residentes han optado por pagar a la mujer *harijan* que vive en la linde de la colonia de chabolas para que cada noche recoja los mojones. Bhima se la encuentra a veces acuclillada en el suelo, barriendo los excrementos y metiéndolos en una cesta de mimbre forrada de periódicos. A veces sus miradas se cruzan y Bhima le sonríe. A diferencia de la mayoría de la gente que vive en los barrios de chabolas, ella no se considera superior a la pobre mujer.

Bhima termina de evacuar y se dirige hacia el grifo. Refunfuña al ver la larga cola, que se extiende más allá de las negras chabolas de aspecto destartalado y de los tejados de zinc. La luz de la mañana hace aún más evidente la miseria del barrio. Los sumideros abiertos con su olor a humedad, las oscuras hileras de chabolas torcidas, los hombres descarnados que holgazanean con la boca abierta tras la borrachera, todo parece aún peor bajo la brillante luz de un nuevo día. Sin quererlo, la mente de Bhima se remonta a los días en que vivía con su marido Gopal y sus dos hijos en un apartamento donde el agua salía del grifo de la cocina y solo compartían el lavabo con otras dos familias.

Bhima se dispone a sumarse a la cola del agua cuando Bibi la ye.

—Ae, Bhima *mausi* —la saluda—, ven aquí. Te estaba guardando sitio.

Bhima sonríe, agradecida. Bibi es una mujer oronda y asmática que se mudó al barrio dos años atrás y enseguida adoptó a Bhima como su tía mayor. Mientras que Bhima es silenciosa y reservada, Bibi es dicharachera y gritona. Nadie puede estar enfadado con Bibi mucho tiempo. Su buena disposición a ayudar, sus inocentes bromas a jóvenes y mayores, la han convertido en uno de los habitantes más populares de la colonia.

Bhima se acerca.

—Dame —dice Bibi, agarrando un jarro de Bhima pese a que ya carga con dos—. Ven.

El hombre que tiene detrás se siente en la obligación de protestar.

—Oye, Bibi, esto no es el Deccan Express, donde puedes reservar un asiento en primera clase —refunfuña—. No está permitido colarse.

Bhima nota que le suben los colores, pero Bibi la retiene con una mano y se vuelve para enfrentarse al hombre.

—Bla, bla —espeta, elevando la voz—. Al señor Deccan Express le preocupa que la gente se cuele. Pero dentro de un par de horas, cuando Bhima mausi se esté deslomando, él se habrá ido a ver al contrabandista del barrio. Y si hoy escasea el alcohol, no lo permita Dios, veremos si se salta o no la cola.

La multitud se echa a reír.

Nervioso, el hombre frota los pies contra el suelo.

—Ya vale, Bibi, tampoco hay por qué atacar de ese modo —masculla.

La voz de Bibi se eleva aún más.

—Arre, *bhaisahib*, ¿quién te está atacando? Solo digo que tú eres un hombre ocioso, con mucho dinero. Si quieres pasarte los días en la tienda del contrabandista, es tu problema. Pero la pobre Bhima no tiene un marido como tú que la mantenga. Todos sabemos lo bien que mantienes a tu esposa. Bhima mausi tiene que llegar puntual al trabajo y pensé que a un caballero como tú no le importaría que ella llene primero sus jarros.

La gente escucha, divertida.

—Ae, Bibi, eres genial, *yaar*. Fantástica, sencillamente fantástica —dice un joven haragán.

—¿Quién necesita armas nucleares? —añade otro—. Tendrían que soltar a Bibi en Cachemira. La nieve se derretiría con el friego de su lengua.

—Un momento, ya lo tengo —dice Mohan, el chico de diecisiete años que vive en la chabola situada frente a la de Bibi—. He aquí una canción perfecta para la ocasión:

*Olvidad la bomba atómica, dijo India,
nuestra nueva arma es de Pakistán la envidia.
Bibi te hará rápidamente puré
como hizo con el señor Deccan Express.*

Otro hombre, a quien Bhima no conoce, propina a Mohan una palmada en la espalda.

—Arre, ustad, eres genial. El poeta de nuestro barrio. Con tu aspecto de estrella de cine deberías estar componiendo e interpretando tus propias canciones. Imaginad, el físico de un Sanjay Dutt y la voz de un Mohammad Rafi. En la noche de los premios de Filmfare no tendría rival, os lo digo yo.

Bhima sonrío a su pesar.

—Bueno, inútiles —dice Bibi con una sonrisa—, ahora dejadnos tranquilas.

Cuando Bhima regresa a su chabola, Maya ya está levantada y preparando té en el hornillo Primus. Mientras la muchacha añade hojas de menta al agua, el estómago de Bhima gruñe. Salen de la chabola para cepillarse los dientes. Maya utiliza un cepillo, pero Bhima se limita a colocar en el dedo índice los polvos dentífricos y frotarlos enérgicamente encima de los dientes que todavía conserva. Escupen en el sumidero que pasa por delante de su casa. Rápida, eficientemente, Bhima hunde una taza de plástico en un jarro de cobre y se lava por debajo de la ropa. Su rostro arde cuando se da cuenta de que el hombre de la chabola de enfrente la mira mientras ella introduce una mano por debajo de la blusa para lavarse las axilas. *Badmaash* desvergonzado, farfulla. Se comporta como si no tuviera una madre o una hermana.